



Otros Logos

REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

Patagonia, archivo etnológico y nación en el primer peronismo Una lectura descolonial

Julio E. Vezub* y Alejandro J. De Oto**

Resumen:

A partir de las fotografías y el material recolectado por Imbelloni durante la expedición que encabezó al Territorio Nacional de Santa Cruz y la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia durante el verano de 1949, y presentado en “Los Patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza”, discutimos como en conjunto estos datos representan una reorganización del campo etnográfico rioplatense tanto en términos de sus objetos como de su epistemología. A partir de esta constatación, trabajamos en dos direcciones complementarias: una, guiada por los discursos de nación y las instituciones que los desplegaban en relación con la antropología, lo que revelaría tensiones en torno a la constitución del archivo etnológico en la coyuntura de la irrupción de las masas peronistas. La otra, una encuesta sobre la base del repaso de la serie fotográfica, destinada a mostrar cómo, en la base de la organización del saber producida por estas etnografías, se delineaba una preceptiva que producía sujetos racializados para conservarlos en guetos, lo que colisionaba a su vez con la configuración vanguardista de la

♣ Historiador. Sus temas de investigación se concentran en historia indígena, historiografía patagónica e historia argentina. Investigador de CONICET en el Centro Nacional Patagónico y profesor de Historia Argentina de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de la Patagonia S.J.B. Chubut, Argentina.

♣* Historiador. Se dedica a la historia de las ideas, en particular a las investigaciones que vinculan los universos teóricos de la crítica poscolonial y el giro descolonial. Es profesor de la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de la Patagonia S.J.B. Chubut, Argentina.

iconografía del pueblo peronista. Ponemos de relieve el problema de la espacialidad de los cuerpos/objetos de esas operaciones, reinscriptos en diferencias de la dinámica colonialidad/modernidad.

Palabras clave: Imbelloni, Bórmida, fotografía, tehuelches, peronismo

Abstract:

From the photographs and material collected by José Imbelloni during the expedition he led to Territorio Nacional de Santa Cruz and Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia during 1949's summer, we discuss how these data represent a reorganization of the Buenos Aires ethnographic field in terms of its objects and its epistemology.

From this point, we work two complementary directions: one, guided by the discourses of nation and the institutions that deployed them in connection with anthropology, which reveal tensions over the constitution of ethnological archive at the juncture of Peronist masses outbreak. The other, a survey on the basis of a review of photographic series, designed to show how, at the base of the organization of the knowledge produced by these ethnographies; it outlined precepts that produce racialized subjects in order to keep them in ghettos, which in turn it collided with the cutting edge configuration of the Peronist "pueblo" iconography.

We emphasize the problem of spatiality of bodies / objects of these operations, re-enrolled in the dynamic of difference in coloniality/modernity.

Key words: Imbelloni, Bórmida, photography, tehuelches, peronism

El archivo fotográfico de Imbelloni y Bórmida

Los experimentos conceptuales de la etnografía argentina son extensos y relativamente poco estudiados. En ese sentido, cuando tomamos contacto por primera vez con el archivo fotográfico de la expedición a la Patagonia encabezada por Imbelloni y Bórmida en 1949, varias preguntas inmediatamente se hicieron presentes. Sin duda, las más importantes fueron aquellas que se relacionaban con el modo de conocer de estas etnografías, el recorte de los sujetos que producían, la organización del archivo, es decir, la misma producción de las fuentes y la trama política y epistemológica que rodeaba toda la operación. De casi cada una de estas inquietudes hay un párrafo en este artículo. Sin embargo, la orientación más importante de nuestra indagación fue la de pensar a estos materiales etnográficos

en términos de las series que constituían, tanto desde la perspectiva de los propios implicados y, fundamentalmente, desde la perspectiva de nuestras lecturas. A propósito de ellas, el esfuerzo crítico se centró en pensar en lo que podríamos llamar desagregaciones de las tramas que de manera totalizante (o etnológica) se ofrecían de inmediato al ojo lector. Por ejemplo, la de vincular la operación etnográfica (para usar el término en el mismo sentido que Michel De Certeau lo hace), su devenir concreto, con el marco general provisto por el estado del primer peronismo. La operación que intentamos aquí, fue, acorde a los términos de una crítica descolonial, desagregar las jerarquías que aparentemente organizan de manera monolítica el vínculo entre ciencia e ideología y, en particular, el vínculo entre método etnográfico, en los términos de esta exploración, y programa político peronista. Con la idea de la desagregación queremos expresar que otros modos de conocer se articulan en relación con el peronismo, con la *praxis* social que conlleva, que no necesariamente se reproducen en las etnografías ni en las generalizaciones etnológicas de estos antropólogos. Entendemos *a priori* el carácter polémico de estas afirmaciones pero nos parece importante señalarlas para emprender una búsqueda de esos hiatos en la construcción de los saberes y su relación con la política.

En esa situación, fue crucial la reflexión sobre las relaciones entre los discursos de nación, las instituciones y los archivos en un campo tensionado por las prácticas antropológicas de la Argentina del primer peronismo.

En el proceso de escribir este trabajo constatamos, no de manera definitiva claro está, una hipótesis, en realidad una observación desprendida de las fuentes visuales y escritas, conforme a la cual en la base del saber etnológico de mediados del siglo XX se delineaba una producción de la pureza racial destinada a conservar a los tehuelches en guetos rurales, como basamento ambivalente para una Argentina de gigantes.

El trabajo está organizado a partir de dos ejes: primero, la mayor o menor productividad de insistir con las simpatías fascistas de los expedicionarios de 1949 y la violencia de las imágenes; segundo, los desbordes de la interpretación y el subjetivismo visual, con sus recaídas posibles en la estética de la denuncia y la compasión. Ambos ejes se intersecan para resituar la discusión en el terreno de la relación entre *corpus* y nación, en este caso a propósito de los archivos etnológicos y el peronismo, mostrando ahora el vanguardismo del movimiento peronista y sus diferencias respecto de los experimentos antropológicos que a su vez prohijaba.

Para ello compararemos una selección de tomas del registro imbelloniano con la iconografía peronista, buscando discernir los modos en que situaron los cuerpos y los sujetos mediante sus archivologías contemporáneas.



Fig. 1: Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (MET), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA).

Veamos entonces los datos duros y la información básica Durante el verano de 1949, en el marco de la primera presidencia de Juan Domingo Perón, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Administración General de Parques Nacionales y Turismo realizaron una expedición antropológica al Territorio Nacional de Santa Cruz y la Gobernación Militar de Comodoro Rivadavia, una jurisdicción que estuvo vigente en el enclave petrolero del noreste santacruceño y sudeste chubutense entre 1944 y 1955. Los científicos recorrieron 4.156 km con el auxilio del Ejército Argentino y Gendarmería Nacional. Según las publicaciones, uno de los objetivos principales era averiguar si existían “sobrevivientes del pueblo Tehuelche”, porque de ser así se relevarían las “características corporales y psicológicas de una población que agoniza”. (Imbelloni, 1949a: 5)

No completamente armónicos ni exentos de conflictos, los objetivos eran afines con los del Instituto Étnico Nacional y la Asesoría Étnica del Ejército. Todas estas oficinas elaboraban sus propias fichas antropológicas, estudios antropométricos y curvas de estatura de la población criolla e inmigrante con el fin de alimentar un “Archivo Étnico Nacional”. (Lazzari, 2004: 211) Para la reflexión que proponemos aquí, con epicentro en el problema del *corpus* documental, no pasará inadvertido que la revista de la Universidad de Buenos Aires donde Imbelloni divulgó los resultados principales todavía se denomina “*Runa – Archivo para las Ciencias del*

Hombre”, título que subraya el deseo del archivo etnológico en dirección doble, al aludir tanto a los caracteres de la escritura escandinava como al “hombre indio” que significa “*Runa*” en lengua quichua.

José Imbelloni había migrado desde Italia a principios de siglo para constituirse en una figura central de la antropología rioplatense desde los años veinte.¹ Finalizada la Segunda Guerra Mundial, desde la dirección del Museo Etnográfico, fue quien facilitó la radicación de científicos y filósofos que habían tenido grados diversos de identificación y compromiso con los regímenes fascistas de Europa Central. Entre los recién llegados se destacaba el joven Marcelo Bórmida, ayudante de cátedra que lo sucedería como hombre fuerte de la antropología argentina. También se alistaron en la expedición Willem Ruysch, director de la revista *Ethnos*, responsable de la recolección de las muestras de sangre y el material etnográfico, y el médico y etnólogo de Gendarmería Nacional Federico Escalada, autor de *El complejo tehuelche. Estudios de etnografía patagónica*, la novedad editorial más importante del año 1949 para una disciplina regional que se esforzaba en delimitar la totalidad. Otros especialistas se dedicaron a exhumar cráneos y huesos, a realizar mascarillas de yeso, recoger artefactos arqueológicos y a registrar las costumbres, los idiomas y las expresiones indígenas. Bórmida se encargó de las mediciones antropométricas, las grabaciones fílmicas y sonoras, además de obtener seiscientas fotografías.

Como corolario de la investigación, Imbelloni recomendaba la fundación de un gueto rural, área de concentración que cumpliría el rol de reservorio genético o archivo biológico viviente de la población originaria. Al deplorar “la muerte física de una raza que como la Tehuelche reunía tan extraordinarios dones de la naturaleza”, Imbelloni proponía la segregación “con el fin de conservar en vida al menos unas cuatro o cinco familias, a modo de semblanza y documento, y preservarlas de la codicia ajena en lo económico y de la hibridación en lo fisiológico”, detrás del ejemplo de los EEUU y su “conservación artificial de algunos stocks de pieles rojas”. Así, la economía política se hace explícita en los ensayos y las fotografías de los expedicionarios. Nótese cómo a los fines de la discusión que nos interesa el documento etnológico deviene artificio productivo, en la medida que la muerte racial se supera sustrayendo un saldo al derroche, depositándolo en el archivo como un “stock” o capital rentable para los discursos de nación.

¹ “Imbelloni nace en Italia a fines del siglo XIX y migra a la Argentina. Retorna a Italia para luchar en la Primera Guerra. Allí se doctora en Ciencias Naturales en la Universidad de Padua en 1920”. (Lazzari, 2004: 227)

Junto con la experimentación demográfica la campaña se justificó por la “conveniencia de auspiciar la afirmación de la ciencia argentina en la nueva época de la vida nacional”. (Imbelloni, 1949b: 1) Como lo muestra el logo del boletín de la Universidad de Buenos Aires donde también se divulgaron los resultados, los objetivos se legitimaron en la construcción paralela de un saber y una nacionalidad “para el Pueblo”. Si bien Imbelloni era una “carta fuerte del peronismo en la Universidad de Buenos Aires” (Lazzari, 2004: 212), éste y su equipo tomaban su propio camino.

Autoproclamados “humanistas”, los misioneros científicos de 1949 se caracterizaron por la ambivalencia filosófica y ética, mediante el uso de metáforas zoológicas que buscaban rescatar los últimos vestigios de la “pureza” tehuelche, amenazada por la “corrupción de la raza” y los “estertores de la agonía”.



Fig. 2: logo del *Boletín*, año 3, Nº 30, Universidad de Buenos Aires, 1949.

Para contrarrestar el pronóstico sombrío Imbelloni proponía “(...) estudiar a fondo los grupos residuales de la antigua raza pámpida cuya incorporación a la vida nacional constituye un magnífico programa para la actividad gubernamental y una interesante perspectiva demográfica para la Nación”. “Ofrecer una clasificación racial y cultural lo más rigurosa posible” (Imbelloni, 1949a: 7) era su aspiración, graficada en una grilla comparativa donde los tehuelches prevalecían por sus medidas corporales sobre los restantes componentes de la tipología argentina:

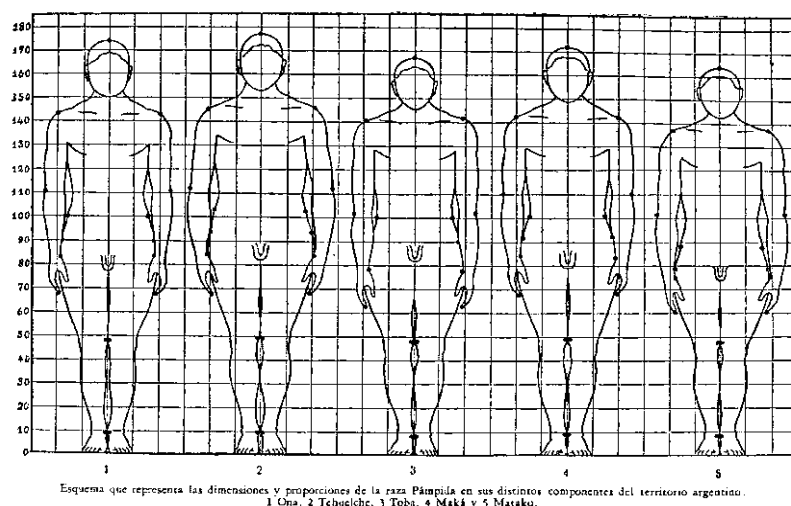


Fig. 3: (Imbelloni, 1949a: 50)

Resolver si la estatura elevada de los tehuelches era o no un mito fue una de las motivaciones centrales de los expedicionarios que festejaron la reunión de una cantidad significativa de datos sobre una “agrupación humana que se había demostrado recalcitrante a las medidas”. La preocupación tenía una trayectoria larga, presentada en los antecedentes, donde Imbelloni volcó las mediciones que habían realizado Janka, Dreising, Virchow, Kate y Lehmann-Nitsche entre 1868 y 1905, aunque los criticaba por los métodos anticuados y el número reducido de individuos que había medido cada uno. En cambio, al resumir lo que denominaba “nuestra cosecha”, Imbelloni estaba convencido de que era “la recopilación postrera del tehuelche, ante su inminente desaparición”, mostrándose orgulloso por la reunión de “45 fichas antropométricas, de las cuales 25 pertenecen a tehuelches meridionales masculinos y adultos, racialmente puros”. (*Boletín*, 30: 129) Cada uno de ellos fue retratado mediante el *intaglio*, “entalladura” en italiano, procedimiento que se componía con una foto de cuerpo entero y dos bustos. Un recurso escultórico que también se aplicaba en la identificación de prontuario del gabinete antropométrico policial, y que en este caso arrojaría la fisonomía de los últimos sobrevivientes junto con la comprensión de sus rasgos somáticos y su morfología cultural, sumados a las dotes viriles de las que nos ocuparemos más adelante.

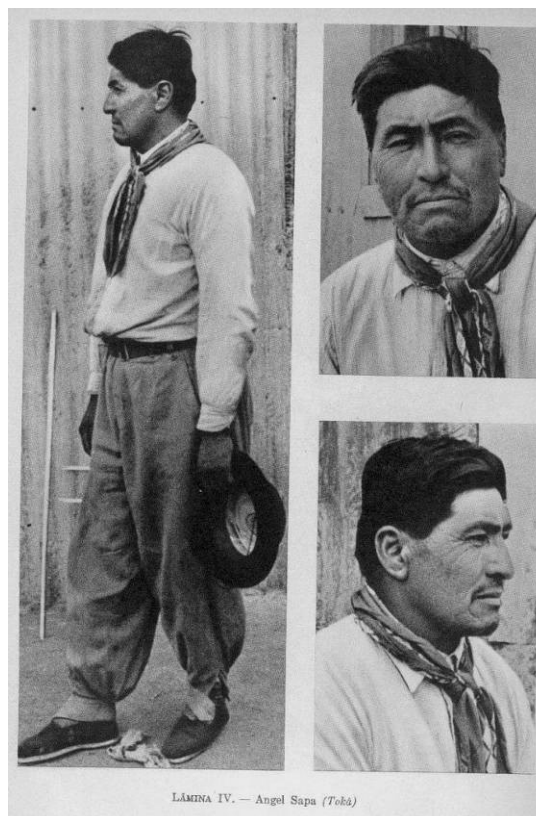


Fig. 4: (Imbelloni, 1949a)

Las imágenes configuraban la alteridad pero también legitimaban a los antropólogos, que respaldaban la nacionalidad sobre premisas telúricas que no rompían del todo con la celebración de los beneficios de la inmigración ultramarina, proceso histórico que al fin y al cabo había traído a varios de ellos a la Argentina. Si Imbelloni compara la talla del tehuelche Juan Gókenq con la de Bórmida lo hace a la búsqueda de la empatía entre las razas respectivas. El artículo aclara que el ayudante de cátedra era el más alto, y que si en las fotos parece lo contrario se debe a las ventajas del “modelo arquitectónico del Patagón”, quien posee “un esqueleto lujuriente de materia ósea y un sistema muscular imponente (...) como (...) los campeones atléticos de los pueblos de la tierra mejor fornidos”. (Imbelloni, 1949a: 54). Pero la empatía que sugiere el archivo es inestable y los atletas comparten el registro con otros arquetipos, en este caso la decadencia de un hombre apodado “Whisky”, quien se desmorona con las prendas raídas a los pies de Bórmida. Se abre así la agonía y la sincronía que se acentúa con los transportes que sirven de fondo a cada figura. Atletas y decadentes tienen una representación proporcional en el registro que se desdobra en series paralelas, la del “esplendor” y la de la “miseria de la población tehuelche”. (Imbelloni, 1949a: 54)



Fig. 5: "Wisky" y Marcelo Bórmida (Archivo Fotográfico y Documental, MET- UBA)

Violencia y archivo en la Patagonia

Como se ve los expedicionarios no se limitaron a su "objeto de estudio", también se fotografiaron a sí mismos. Más aún, se retrataron obteniendo retratos. Al medir, entrevistar y fotografiarse junto al "último" "tehuelche puro" se consagraban como los "últimos" antropólogos autorizados, en una operación de la que Bórmida daría otros ejemplos maestros. (Cfr. Bórmida - Casamiquela, 1964) Por ello decíamos que este archivo informa más sobre la relación entre los etnólogos y las personas fotografiadas que acerca de los propios "Tehuelches". Permite conocer mejor los preconceptos de partida que el diagnóstico performativo sobre la "desaparición inminente".

Uno de los tópicos más polémicos de nuestro trabajo, estamos conscientes de ello, es nuestra insistencia en la violencia de las imágenes, las analogías entre el pelotón de fotógrafos y el fusilamiento, la visualización de un aura premonitoria de las dictaduras de las décadas venideras, las miradas y gestos que restringen el movimiento de los cuerpos, etc. ¿No es violenta acaso la escena en la que aparece Wisky", esta vez interrogado por Imbelloni de uniforme y por Bórmida de revólver a la cintura? Se nos señaló en discusiones previas informales donde adelantamos algunos de nuestros argumentos que Claude Levi-Strauss también viajaba armado durante sus campañas etnográficas al Mato Grosso, o que "Wisky" guardaría armas de porte y calibre en su rancho.

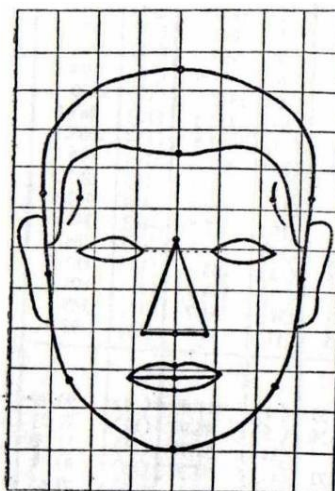
Para retomar el problema echemos nuevamente un vistazo sobre la figura 1, la de los científicos, técnicos y el militar que rodean al hombre sentado en el pedestal del monolito, por detrás de un caño que hace las veces de cerco en el jardín cuartelero. Al concentrar la mirada en el ordenamiento y las atribuciones de los cuerpos, se descomponen las unidades mínimas de información que proporciona la fotografía, de modo tal que la violencia del registro visual coincide con la violencia del registro escrito y con la economía política del archivo, dirigida a la extracción de productividad de los cuerpos, técnicas y objetos. ¿Sería factible otra versión con alguno de los expedicionarios sentado intercambiando el lugar con el “Tehuelche” parado? Resulta difícil, en tanto es sobre este último donde converge la representación de las series “militar”, “científico” e “indígena”, la que a su vez se desdobra en otras dos subseries, “esplendor tehuelche” y “miseria tehuelche”. Por más que se suponga que “Wisky” guardaría sus armas en el rancho, éstas no se exhiben en el retrato.



Fig. 6: Imbelloni, “Wisky” y Bórmida (Archivo Fotográfico y Documental, MET- UBA)

En cambio, el revólver en la cintura se torna completamente relevante para los arquetipos, no tanto para amedrentar al “informante” como para escribir la dirección del texto etnológico y ordenar las series y subseries del archivo: “Los instrumentos que nos permiten comprender culturas diferentes a la nuestra son los mismos que nos han permitido dominarlas” (Ginzburg, citado en Bascopé, 2009: 60), sin que esta sentencia suponga un juicio sobre la verdad o falsedad de la comprensión etnográfica a punta de revólver. Se presupone la existencia de la “población tehuelche” como una totalidad que permite, en una segunda contención, describir

sus características físicas y psicológicas para su posterior circunscripción en un gueto que vuelve sobre la delimitación previa. En este punto no hay diferencias significativas entre Imbelloni y Levi-Strauss, nada de sus registros ni métodos queda por fuera de la representación visual que plantean, la que necesita mostrar los dispositivos técnicos –incluido el armamento– gracias a los cuales se despliegan una tras otra las categorías clasificatorias. Entonces, la violencia del registro no se explicaría en lo fundamental por cuestiones ideológicas o simpatías fascistas, sino por el método etnológico que constituye las series y que organiza la dialéctica entre la continuidad y la condición residual del “pueblo tehuelche”.



Esquema de las dimensiones y proporciones de la cabeza del Tehuelche (valores medios de la serie relevada por la expedición).

Fig. 7: (Imbelloni, 1949a :38)

Planteábamos que las características físicas del “Tehuelche” se logran recién con una segunda delimitación, conforme a la cual la geometría de su cabeza es el resultado de los “valores medios de la serie relevada por la expedición”. La recurrencia al promedio muestra que incluso algunos de los individuos que midió Imbelloni se acercaban a los límites exteriores e imprecisos de lo “tehuelche”, que en realidad ya habían sido trazados *a priori*:

Pareciera que la interacción del connubio entre las tres razas australes, y en especial medida entre la tehuelche y la mapuche, debiese producir en la Patagonia una hibridación integral, cuyo producto fuese equidistante de los tres modelos originales de la mezcla, sin posibilidad que se discerna a cuál de las partes componentes cada individuo pertenece.

En rigor de verdad, debo afirmar que ese efecto tan monstruoso se ha verificado sólo en un pequeño número de individuos, los cuales, especialmente en la vida artificial de las

reservas, han adquirido por la sobreposición de los genes más diversos una morfología (y psicología) indefinible. En la generalidad de los sobrevivientes actuales se distingue, en cambio, con características suficientemente claras, la predominancia de uno de ambos tipos: Tehuelche o Mapuche. (Imbelloni, 1949a: 23)

Cómo opera ese azaroso resultado natural es algo que no se comprende ni se desprende del análisis de los datos. Para fundamentar esta “predominancia del tipo” sobre los niveles bajos de hibridación, atribuyéndola a la desprolijidad de las reservas que quería refundar, Imbelloni comenta que no puede dar “particularidades de carácter genético”, seguramente por las limitaciones técnicas y metodológicas de la época. Con justificaciones del mismo tenor, la certidumbre da paso a las explicaciones genealógicas o históricas, más o menos tautológicas. Concluye entonces que “(...) no debe exagerarse la promiscuidad de las uniones y familias de la época que precedió a las últimas batallas sostenidas por el Tehuelche contra el invasor araucano en todo el siglo XIX”. (Imbelloni, 1949a: 23).

Negociando con estos inconvenientes, Imbelloni distribuye en diez grupos su “material antropométrico”, vale decir las cuarenta y cinco personas medidas. Dentro del primero incluyó a “12 individuos genuinamente representantes del grupo Aónikenk” porque “no tienen en su ascendencia inmediata (primera y segunda generación) mezcla con sangre araucana o blanca”, asegurando que “(...) esta exigencia ha solicitado una rigurosa información genealógica, en muchos casos llena de dificultades” y, que esos doce individuos presentaran “con fidelidad el tipo físico de sus antepasados, tal como surge de las descripciones de viajes, de las mediciones de antropólogos y de la iconografía”. (Imbelloni, 1949a: 24) Todo el desdén hacia los antecedentes narrativos y científicos que se esboza en el artículo queda repentinamente de lado, para darles el valor de prueba del “tipo físico”, junto con las imágenes y la profundidad de la información reducida a dos generaciones. Por lo expuesto, la de Imbelloni es una ciencia blanda que se viste de dura y, por el contrario, su intento de fundar las “características psicológicas” en el archivo fotográfico es lo que habilita esta “morfometría” *del gesto* y la disposición de los cuerpos que ensayamos ahora, solo que los antropólogos también quedan comprendidos en el análisis iconográfico.



Figs. 8 y 9: (Archivo Fotográfico y Documental, MET- UBA)

Ahora bien, también es posible reorganizar las series u organizar otras a partir de las imágenes del mismo archivo etnológico, recuperando la atribución de los datos, los nombres de las personas, los topónimos de los parajes recorridos por los antropólogos, etc. Una cartografía de las redes sociopolíticas en las cuales se respaldó la expedición. Conforme a esta estrategia alternativa las fotografías se comportan como la llave de un archivo intertextual, capaz de mostrar la fisonomía y dinámica sociales de la Patagonia peronista. Algo de esto ensayó Enrique Perea (Cfr. Perea, 1998), director durante varios años del hospital de Alto Río Senguer en el sudoeste de la provincia del Chubut, al publicar media docena de los retratos en una compilación de documentos sin mayores pretensiones metodológicas, pero que compensa el lado alienado de las imágenes al acompañarlas con otras fotografías más recientes de las mismas personas, obtenidas por él mismo durante los años setenta. El propio Perea colaboró recientemente con el Museo Etnográfico de la UBA para identificar a los individuos hasta entonces anónimos, a los que sin proponérselo politiza, al contextualizarlos en una trama más amplia de documentos y acontecimientos que los tuvieron por actores o protagonistas.

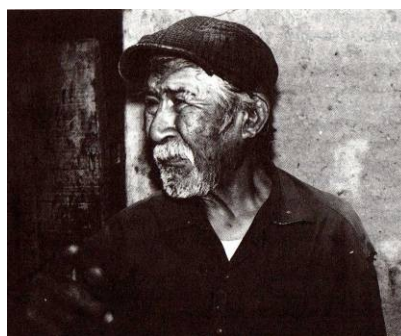
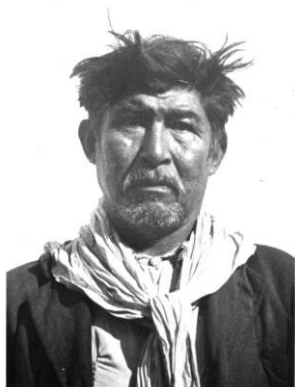


Fig. 10 y 11: Lorenzo Liempichún retratado en 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET) y 1972 por Enrique Perea (Perea, 1998: 169)

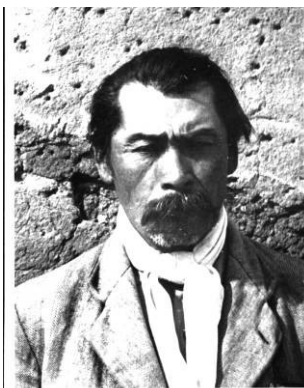


Fig. 12 y 13: Mariano Guala en 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET- UBA) y 1974, en la foto con Ximena e Iñaki Perea (Perea, 1998:192)

Sin que sea novedoso, se activa un paternalismo etnológico o humanismo antropológico que se cultiva hasta nuestros días, como sugiere la foto agregando a sus niños. Al comparar los residuos humanos del registro imbelloniano con las cartas desclasificadas por Perea, escritas por esos mismos sujetos hacia 1930, se cambia la imagen de la alienación por su agencia política, los reclamos y pleitos por tierras, la militancia indígena en la derechista Liga Patriótica Argentina, o las redes entre élites locales y mapuche-tehuelches que seguramente siguieron los gendarmes y antropólogos para llegar a los ranchos en 1949, redes que apañaron medianamente esos reclamos como baluarte indigenista frente a la extranjería, a la vez que reforzaban su contención y la planificación de guetos.

Ernesto Bohoslavsky fue de los pocos que trajo a la superficie estas conexiones con las derechas, al recoger la visita en 1935 de un grupo de indígenas de Colonia Cushamen, Chubut, a la redacción porteña del diario nacionalista *Crisol*, para agradecer el apoyo a las reclamaciones de tierras. (Bohoslavsky, 2007). Otras publicaciones de ese tenor como *El Pampero*, o la revista *Argentina Austral*, patrocinada por uno de los principales grupos de capitalistas patagónicos, solían hacerse eco de la misma clase de planteamientos telúricos. Este último dato es recogido también por Walter Delrio (Delrio, 2005), aunque la trama y el modo en que los movimientos derechistas incidieron en la configuración de las memorias mapuches aparecen subestimados en su interpretación. En el caso de Bohoslavsky, está atento a lo que denomina el “nacionalismo facistoide” de la década previa al

peronismo, y se pregunta por sus motivaciones, orientadas por la "(...) búsqueda desordenada de ampliación de alianzas, de diferenciación de otros grupos que ocupaban el mismo espacio ideológico y de incorporación de nuevos temas", (Bohoslavsky, 2007: 143) todo ello como parte de un "giro plebeyo" destinado a captar apoyo entre los sectores populares rurales, en este caso indígenas, pero sin modificar ni impugnar sus consideraciones sobre la gran propiedad terrateniente. Bohoslavsky ve la acción derechista, aunque más intrigado por el oportunismo de esta corriente con los indígenas, que por lo que éstos hacían efectivamente con esas prácticas y discursos derechistas. Más que justificarlos por constatar que también acudían a otras redacciones de diferente ideología u oficinas estatales (Bohoslavsky, 2007: 144), nos interesa señalar que estos mapuches y tehuelches no eran rehenes ni clientes de esas organizaciones con las que construían contactos, a la vez que encontraban espacio de diálogo con dichas políticas. No es un problema ideológico lo que está en juego, sino una comprensión de las prácticas que supere el relato de la manipulación o la "falsa conciencia". Se descubren entonces dos órdenes de archivos que se configuran a partir de los mismos datos, integrando el registro iconográfico alienado de Imbelloni con los documentos sobre las redes que facilitaron la obtención de las fotografías. Como insistirá Diego Escolar a propósito de los huarpes cuyanos, la memoria indígena no es exclusivamente la memoria de los indígenas, y los actores hegemónicos o soberanos también intervienen en su elaboración histórica y narrativa.²

Las fotos operan así como el índice del archivo patagón que desborda los afanes clasificatorios y las etnologías nacionales, abriendo el espectro para la intervención de otras mitologías. Sus propiedades tecnológicas orientan la restante parafernalia de instrumentos y mediciones de los expedicionarios, lo que induce una lectura del propio archivo como tecnología, capaz de condensar la historicidad subalterna que precede a las fotos pero acontece en las fotos, que saturan las intenciones de los antropólogos y sus dispositivos al remarcar la extemporaneidad de las imágenes, aunque estuviesen inscriptas en los discursos científicos de la época. Y las tramas que tejen estas fotos entre sí, cuyo foco parece centrado pero se inscribe en una continuidad lenta, de larga duración. La incomodidad que provoca la constatación de

² "Por ello, en mi opinión, hablar de 'memorias huarpes' o indígenas no implica referirse sólo a las de los grupos subalternos marcados como aborígenes, sino también a las que han circulado de un modo u otro en el conjunto de la sociedad regional, y aún entre aquellos sectores que niegan su existencia". (Escolar, 2007).

este indigenismo, contrapuesto a lo disfuncional de la inmigración trasatlántica, no debe obliterar las condiciones de posibilidad conceptual para las prédicas derechistas contra proletarios y comerciantes foráneos, que se pusieron al descubierto durante las huelgas de la década de 1920, cuando los discursos proclives a la recuperación de la tierra por parte de los originarios se activarían, pese a la ausencia de compromisos genuinos o políticas concretas para favorecerla. Hasta mediados del siglo XIX, cuando el Estado-nación no lograba desequilibrar la autonomía de las jefaturas mapuche-tehuelches, el modo de negociar o construir un lazo social con ellas fue atribuirles el rol de gendarmes territoriales, que asumieron eficazmente.

En tensión con las series que instituye el relato, en especial con las del “esplendor” y la “miseria tehuelche”, una dimensión pornográfica sobrevuela el mito patagón, definido en lo fundamental por una cuestión de tamaño.³ Fascinación presente al imaginar la escala de una Nación que descansa en el gigantismo de los cuerpos y los valores tehuelches. Ello se recuesta en el gráfico que compara los grupos de la raza pámpida y los atributos homo-eróticos de las siluetas atléticas. Este patrón se repite en un repertorio donde las mujeres son dejadas prácticamente de lado para el goce sensual que privilegia los torsos desnudos, o el diálogo entre el quillango y la imagen desafiante y misógina de Bórmida. También se ilustra la decadencia de los hombres, pero se trata principalmente de una aventura antropológico-militar masculina, que masculiniza lo que fotografía y mide, cuyo tono es el de la penetración y la violación que disponen y cosifican los cuerpos, de ahí el regodeo con las veinticinco fichas antropométricas de “*tehuelches meridionales masculinos y adultos, racialmente puros*”, o que “el Tehuelche merece plenamente la admiración que le tributara De la Vaulx ‘por su alta belleza masculina, que encanta e inspira respeto’” (Imbelloni, 1949a:55). El homo-erotismo, que también estaba presente en el relato del explorador francés de fines del siglo XIX, parece instituir otra serie que no se desprende ni es consecuencia de la ideología de los expedicionarios. Motores, jeeps, carros, ranchos, chapas, uniformes y chaquetas de cuero. Masculinidad y fascinación técnica que como veremos se redefine socialmente con el peronismo, en una expedición que se organiza desde Comodoro Rivadavia, el enclave petrolero,

³ Para comprender las relaciones entre fotografía antropológica y pornográfica ver Menard, André y Pavez, Jorge (2008). “Nombres, cuerpos y rostros mapuche. Presentación al álbum fotográfico de la Misión Araucana de Kepe” en: Menard, André y Pavez, Jorge (Comp.). *Mapuche y anglicanos. Vestigios fotográficos de la Misión Araucana de Kepe, 1896-1908.*, Santiago de Chile, Ocho Libros.

lugar moderno por excelencia para despuntar la narrativa etnográfica como el vehículo de la verdad nacional, apoyada en el mito del archivo y los orígenes primitivos, como “forma del comienzo”.(Cfr.González Echevarría, 2000)

Para pensar la disponibilidad de los cuerpos tehuelches retomamos de Mbembe, la producción de lo que éste llama “mundos muertos”, a saber, formas nuevas y únicas de existencia social en las cuales las poblaciones son sometidas a tener una existencia equivalente a la de “muertos vivientes”. Creemos que esa idea confiere una capacidad descriptiva y conceptual, al menos preliminarmente, más cercana al caso que la de regular una población, tal como lo expresa, por ejemplo, la biopolítica. (Mbembe, 2003). Por otra parte, y esto es crucial para el recuento sobre el problema epistemológico en juego, la noción de biopolítica se estructura sobre procesos históricos europeos y en el caso ampliado al derecho de Agamben, sobre la base de un arcano encontrado en el propio derecho romano: el *homo sacer*.⁴ Mbembe piensa que la plantación y la colonia en particular ofrecen una mejor genealogía para esta violencia. En suma, la clave de la colonialidad parece mejor dotada para dar cuenta de estas experiencias históricas que la regulación conceptual modulada a partir genealogías occidentales.

Ese desequilibrio del campo de lo biológico entre los “muertos vivientes” encontrará en el tópico recurrente de la estatura de los antiguos tehuelches un mito fundante de la nacionalidad argentina y a la vez una línea de empatía con las razas europeas septentrionales y su capacidad de adaptación y transformación ilimitadas. El diagnóstico sombrío sobre la agonía se hará programa en la planificación de reservas y guetos rurales como los soñados por Artayeta (Artayeta, datos sin consignar), Escalada (Escalada, 1949) e Imbelloni. El archivo fotográfico patagón dejará vacante el espacio vital para una Argentina de gigantes, una especie de *lebensraum* atravesado por el viento y los zombies tehuelches, espacio que inmediatamente entraría en conflicto con la metamorfosis social peronista

Peronismo, cuerpos y archivo

⁴ Cfr. De Oto - Quintana, 2010.



Fig. 14: General Juan Domingo Perón. Fig. 15: José Rondán, 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET- UBA)

Los iniciadores de la “Biología de las imágenes” o “Biología del ornamento” de la segunda mitad del Ochocientos, denominaban “afinidad formal” (Severi, 2010) al tipo de conexión íntima que encontramos entre estas dos fotografías ecuestres contemporáneas. La afinidad se intensifica a la luz de la genealogía materna del general, en relación al retrato de Rondán, otra de cuyas imágenes fue acompañada en una de las publicaciones por un epígrafe que precisa que se trata de un “Tehuelche puro, cubierto con su quillango de cueritos de Chulengos pintados al dorso” (Imbelloni, 1949b). Pero leamos cómo recuerda Juan Domingo Perón a su padre en relación a la tehuelchidad:

Su autoridad no dejó de ser nunca profundamente humana. Siempre recuerdo un caso que quedó grabado en mi pobre imaginación infantil: se trataba de un indio, de los que aún quedan dispersos y abandonados en la inmensa Patagonia. Un día llegó a mi casa y pidió hablar con mi padre; él lo atendió como a un gran señor. Le habló en su propio idioma, el tehuelche, y lo recibió con el usual “Marí-Marí”. Enseguida entraron en confianza. El indio se llamaba Nikol-man, que significa Cóndor Volador (Niko, que vuela; Man, abreviatura de manke, cóndor). No tenía el indio más que unas pocas pilchas y su caballito tordillo. Presencé la entrevista porque mi padre me hizo quedar, tal vez para darme una lección de humanismo sincero. En esa oportunidad mi padre le dijo que podía instalarse en el campo, y le asignó un potrero donde le construyó una pequeña vivienda como las que usaban

entonces los indios, medio casa y medio toldo. Le regaló también una puntita de chivas. Cuando le pregunté a qué venía tanta consideración con un indio, me respondió: “¿No has visto la dignidad de ese hombre? Es la única herencia que ha recibido de sus mayores. Nosotros los llamamos ahora indios ladrones y nos olvidamos que somos nosotros quienes les hemos robado todo a ellos. (Perón, 1975: 300)

Sin entrar en detalles sobre las clasificaciones de tehuelches que saludan en mapuche, hemos transcripto extensamente esta anécdota de Perón porque organiza otra serie etnológica, que se acerca al proyecto de Imbelloni pero simultáneamente la excede al disolver la figura del indio en la figura del pueblo y su dignidad remanente. Allí donde Imbelloni conserva para el registro museográfico de la identidad nacional, la memoria de infancia revela la trama de una práctica diferente. No es conservacionista, por el contrario, se funda en la idea de la dignidad como último bien que restituye todos los otros. En el camino de tener algunos bienes, una casita en el campo y otras posesiones mínimas que las regala el mismo que se las había robado, se produce un desplazamiento que será crucial para el peronismo que instituye la anécdota, a saber, la multiplicación de los gestos reparadores sobre aquellos que encarnan el pueblo. No es casual que en la figura del peón rural y su estatuto, en la de los descamisados, y otras tantas formas de subjetivación, los procesos de agregación social minimizarán la condición indígena. El peronismo contiene entonces la práctica etnográfica de Imbelloni, pero ésta no es su justificación ideológica. En rigor deberíamos decir que peronismo es un conjunto de prácticas que en su funcionamiento concreto no relevan el mismo tipo de operación que la etnología de Imbelloni. Mientras que en esta última la estructura de la representación permanece incólume, en tanto ni ella ni los etnólogos que la llevan a cabo se ven afectados por el relevamiento que están realizando. En el peronismo el espacio social se modifica radicalmente, aun a sabiendas que los sujetos políticos que son su base son convocados por nociones relativamente homogéneas de pueblo, dignidad o nación, etc. El espacio social donde ocurren esos eventos ya no es el mismo, sin importar tanto cuál sea la dirección del cambio. El registro imbelloniano nunca pondrá “las patas en la fuente” porque a pesar de compartir el tiempo histórico, los tópicos y la cobertura institucional del primer peronismo no hará mucho más por esa convocatoria popular, a lo sumo dejará una imagen de sí mismo

en el acto de cruzar el puente, sin mojarse las botas, por encima de las aguas que lo separan del objeto a clasificar.



Fig. 16: José Imbelloni, 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET-UBA)

No hay movimiento en estas fotografías de la expedición, salvo el de los etnólogos. Casi nadie hace algo que no sea estar en el lugar, permanecer en el sitio, “quedarse en el molde”. Al contrastarlas con la famosa imagen que desata una de los rituales más perdurables de la Argentina contemporánea, la de los trabajadores con las “patas” en la fuente de la Plaza de Mayo, ya nada las acerca. Esta fotografía del 17 de octubre de 1945 muestra gente “fuera de lugar”. El desafío en este sentido es importante porque se corren varios riesgos y se ponen en juego distintas seducciones, nótese que en el imaginario la jornada de movilización que concluyó con la liberación de Perón del presidio quedó inscripta como la inmersión popular de las “patas” y no los pies. Pero vayamos lentamente.



Fig. 17: Plaza de Mayo, 17 de octubre de 1945.

Hay un primer impulso para ligar y ordenar iconografías en función de aquello que parece habitar el mismo espacio representacional. Las fotos de Imbelloni tienen a la

representación como dominio clausurado. No hay evidencia alguna, y no hablamos de procesos vinculados a la interpretación en este caso, sino simplemente a la disposición de las fotos en lo que constituiría el archivo antropológico, de que el espacio etnográfico se haya visto alterado por los cuerpos dispuestos en las imágenes. Todo ocurre bajo control y los lugares ocupados no son intercambiables. La representación de la diferencia significada por los “Tehuelches” se mantiene estable porque la secuencia que la organiza va desde el resto racial como fundamento ulterior de la nación al objeto etnográfico y museístico. Si nos preguntamos qué otro despliegue podría haber existido, todo lo demás se vuelve impensable. O peor, se vuelve el dato de una perturbación de la representación para el registro etnológico y las lecturas futuras.

Al mantener la clasificación como la estructura conceptual del archivo, Imbelloni y Bórmida pueden llevar a cabo sus operaciones con cierta holgura sobre cuerpos que se muestran como diferentes pero dentro de la representación y, en ese sentido, el evento los excede a ellos también. En otras palabras, no hay exterioridad de esos cuerpos que desafíe la secuencia de la representación. Si las fotos afirman la diferencia es para integrarla en el relato de lo mismo que ya está dicho en las publicaciones y artículos de los expedicionarios. Pero hay algo más interesante aún, las posibles series que organizan no parecen conectarse con fundamento nacional alguno, lo cual desactiva la presunción de una operación ideológica que estaría moldeando los datos, sino que parecen enlazarse con los procedimientos etnológicos que se sustraen a sí mismos pero son a la vez omnipresentes. En esa dirección los cuerpos no se agitan, ni se mueven ni disputan. No hay afuera o exterior de esta operación que pueda ser percibido en cualquiera de los órdenes en que dispongamos las fotos. Incluso los cuerpos de los antropólogos están dentro de límites muy estrictos. La diferencia claro está, es que ellos hacen la antropología.

En comparación, la serie que se organiza con “las patas en la fuente” es otra. Como lo son las representaciones de los medios mecánicos en las fotos “peronistas” y en las fotos de Bórmida e Imbelloni. Sobre eso volveremos enseguida. Las “patas en la fuente” es una discontinuidad en la representación de sectores populares que estará presente en toda la retórica y la política de aquello que el peronismo describe como la nación y el pueblo. Porque lo que vienen a poner en juego es precisamente una profunda discontinuidad del espacio normado que la representación construye con la fuente de agua como lugar caro a los ideales aristocráticos, y la Pirámide de Mayo

como lugar caro a los ideales republicanos. Los cuerpos de hombres y mujeres que sumergen las “patas” descomponen el espacio de ocurrencia de lo social porque sin que medie interpretación alguna están fuera de lugar. No están en su sitio, no se adecuan a la forma de la representación del “descamisado peronista” que llamativamente está bien vestido en este evento fundacional, a diferencia de las fotos de Imbelloni donde se lo expone desnudo. Entonces se podría presumir, y los datos no son pocos, que el espacio social de ocurrencia de esos cuerpos de la fuente se ha sacudido, es otro, está en camino de devenir otro, aunque lo revistan los lenguajes conocidos del pueblo o los trabajadores normalizados.



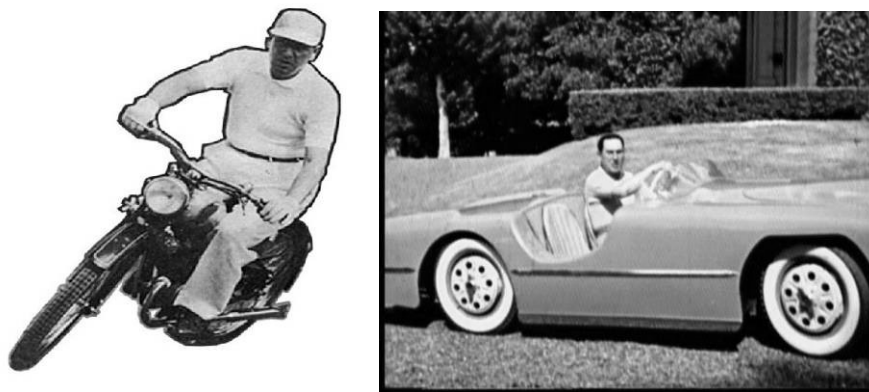
Fig. 18: A la izquierda, Andrés Cuyapel, 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET-UBA)

Escolar (Escolar, 2007) refiere la incorporación de los sujetos subalternos como trabajadores, estimulada por la “reciprocidad generalizada” que se figura en el contrato social del Estado benefactor argentino. Ese contrato “incluyó como maquinaria ideológica un implícito pacto identitario con los “cabecita negra” para blanquearlos y ciudadanizarlos, vía su construcción como comunidad de clase o corporativa” (Escolar, 2007: 226). Es elocuente que Imbelloni y Bórmida se diferencian de esta política, en tanto no procuran la homogeneidad sino trabajar sobre la diferencia racial. Indudablemente, las categorías “blanco” y “ciudadano” no serán jamás las mismas luego de la entrada en escena de las masas peronistas, o como se las llame. El espacio social y cultural se ha modificado de tal manera que no hay vuelta atrás al punto que se trata de la alteración inesperada de ese espacio donde el peronismo interviene, por medio de sus prácticas y la instalación de nuevas series clasificatorias, imponiendo una suerte de discontinuidad del orden anterior a su emergencia, pese a la renovación de los intentos disciplinarios que también contiene. El borrado que el peronismo propicia de las diferencias culturales parece discutible desde cierta perspectiva multicultural, aunque habría que preguntarse

legítimamente si ese esfuerzo por borrarlas no dio lugar a una crítica más devastadora del orden social.

Si se pasa de la serie que se organiza con las máquinas que aparecen en las fotos de Imbelloni y Bórmida, y las tantas fotos que ilustran a Perón ya sea en moto, en lancha o automóvil, se observa el mismo tipo de procedimiento. En las fotos etnográficas lo maquínico se organiza en un doble nivel. Al mismo tiempo que rodea de certidumbre cultural el viaje, porque se hace por medios seguros, fuertes y contundentes, marca la distancia sideral con el mundo rural de estos tehuelches. Camiones contra carros, jeeps contra caballos y perros, revólveres contra taleros, cámaras contra cuerpos, grabadoras contra silencios. De un modo que no podría definirse como discursivo hay una continuidad entre las máquinas y el método etnográfico mucho más poderosa que la relación entre ideologías, intenciones manifiestas, proyecto de investigación y cosas parecidas, como las que llevan adelante Imbelloni y Bórmida. Es otra vez la disposición que se logra por el efecto de la representación y su estructura. En ese sentido, es fácil deducir que los cuerpos tehuelches están en disposición de las máquinas, y de las alegorías que ellas producen, incluso la máquina etnográfica.

En las fotos puede percibirse cierto regodeo (y esto funciona como una intuición de lo evidente) con la tecnología y su masculinización, del mismo modo en que se percibe la imagen deportiva de Perón en autos, motos y lanchas. Si se pueden anotar diferencias en este caso tal vez ellas se asocien al hecho de que en ambas situaciones parecen producir normalizaciones diferentes. En el caso de Perón se trata, en la mayoría de los casos, de una muestra de la industria nacional, del proyecto político que encarna, etc., porque las máquinas que usa son “máquinas nacionales”. Los nombres de las mismas son en sí mismo un acontecimiento: sedán “El Justicialista”, el deportivo “Justicialista Sport Pre Serie”, el dos puertas “Graciela”, la “Gauchita”. Perón usa esas máquinas, y las máquinas definen un “pueblo”, si se permite la alegoría. La normalización es la del espacio relativamente homogéneo que presupone tal idea. Hay una extraña continuidad entre las “patas en la fuente” y el sedán “El Justicialista” y la moto “Puma”.



Figs. 19 y 20: Juan Domingo Perón en moto Puma y auto deportivo Justicialista.

En el otro caso, las máquinas son el límite. Es el lugar al que no pueden acceder aquellos que están destinados a convertirse en objetos del museo de la nación. Por ello, advertimos, el peronismo puede haber funcionado como gran marco general que da cabida a estas experiencias institucionales del archivo, pero no necesariamente las explica.

La otra dimensión que creemos se pone en juego en torno a las máquinas es el carácter protésico que ellas tienen y que en las fotos deviene en una suerte de evidencia. Ellas hacen posible el viaje por la Patagonia austral al mismo tiempo que son indispensables para la normalización etnográfica en juego. Sin embargo, no es este el dato perturbador, de hecho hay una larga saga de etnógrafos con máquinas, sino dos elementos que parecen contiguos. Por un lado, el hecho de la imposibilidad de que las máquinas aparezcan ofreciendo idéntica función protésica a los tehuelches, lo cual presupone su disponibilidad biopolítica (en tanto cuerpos para el stock), y por otro, que tal función protésica con respecto a los antropólogos aparece invertida. Ellos parecen ser prótesis de las máquinas y de sus alegorías. En el extremo no se está narrando la historia del revólver en la cintura de Bórmida, lo cual conduce rápidamente al relato de la conciencia y de la ideología, sea el fascismo, sea cualquier otra (aunque hay mucha evidencia que permitiría decir eso), sino la disposición corporal que emerge del revólver. Los dos elementos parecen ofrecer la trama perfecta para asegurar la reproducción del proceso etnográfico, del método. Para unos es imposible llegar a él y para otros es imposible escapar de él. La etnografía requiere no ser interrumpida.

Da la impresión que lo que hace la etnografía, como alegoría de la máquina etnográfica, es reproducirse, que esa sea su función. La dificultad, pensando en el problema del archivo, es asumir que los restos supervivientes de la exploración, el

registro y los datos imbellonianos deben reinscribirse como un archivo etnográfico del mismo orden. En cambio Perón articula un campo de poder desde la política, que redefine y organiza las iconografías, aunque la foto de las patas en la fuente haya sido tomada sin voluntad etnográfica ni etnológica, o que el fotógrafo no sepa que la imagen se convertirá en el momento mítico de la articulación del campo de poder peronista. De algún modo, el archivo etnológico está siempre supeditado a las actualizaciones de lo que se haga con ese registro.

De regreso a la expedición de 1949, falta identificar la relación entre los residuos que colecta (el “material antropométrico” o las cuarenta y cinco personas medidas) y su proyecto, es decir, en qué medida era viable construir una nación de gigantes, o perfeccionar la especie del *homo criollo* sobre la base de Descartes. El rendimiento económico no será como el que buscan los ganaderos fueguinos y los salesianos de Bascopé (Cfr. Bascopé, 2008). Su rendimiento deberá ser principalmente político, en tanto trabaja sobre cuerpos que ya han sido normalizados como obreros rurales, y la anacronía es que se los quiera retirar de la estancia para remitirlos al gueto. Lo inviable o lo artificial del proyecto de confinamiento se realiza con los trazos que enmarcan la figura de una anciana con su manto tehuelche, recortándola del conjunto con ropas modernas a los fines de la publicación, único terreno posible para segregar imaginariamente el “resto indigesto portador de un rastro”, a la manera de la crítica que Menard (Cfr. Menard, 2010) realiza a la incompatibilidad de las lógicas mestiza y caníbal en la fusión de Boccara. (Cfr. Boccara, 2007).



Fig. 21: Expedición a la Patagonia, 1949 (Archivo Fotográfico y Documental, MET-UBA)
Queda concluir que Imbelloni y los suyos también vacilaron entre las lógicas del museo y la de la política, advirtiendo que “ante la angustia del último Tehuelche que

sobrevive no todo es materia muerta y temas académicos”, y que por lo tanto “alguien tenía que advertir esas voces y lo perentorio de esta hora solemne”. (Imbelloni, 1949a:58) Si su programática respondía en lo fundamental al diagnóstico de los estertores, se podrían distinguir dos eugenésias en conflicto y negociación, la imbelloniana y la del peronismo que la contiene. Una es el archivo de la población que agoniza, mientras la otra se debate por la fundación de una sociedad nueva.

Agradecimientos

Agradecemos la facilitación de las fotografías de la campaña a la Patagonia de 1949 al Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Referencias bibliográficas:

Artayeta, Enrique. “Proyecto de Colonia Indígena Tehuelche en el Territorio Nacional de Santa Cruz”, San Carlos de Bariloche, Dirección de Parques Nacionales, Archivo del Museo de la Patagonia, San Carlos de Bariloche (Material sin clasificación. No se dispone de los datos bibliográficos o de catalogación).

Bascope, Joaquín (2008). “Pasajeros del poder propietario. La sociedad explotadora de Tierra del Fuego y la biopolítica estanciera (1890-1920)” en: *Magallania*, Punta Arenas, 36(2), pp. 21-46.

———, (2009). *La invasión de la tradición. Lo mapuche en tiempos culturales.*, Guatemala y Santiago de Chile, ICAPI & CoLibris.

Boccaro, Gillaume (2007). *Los Vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial.* San Pedro de Atacama, Santiago, Línea Editorial IIAM-Universidad Católica del Norte/Universidad de Chile.

Bohoslavsky, Ernesto (2007). “El nacionalismo fascistoide frente a los indígenas del sur (1930-1943): ¿pragmatismo, giro plebeyo o revisionismo?” en: *Sociohistórica*, La Plata, 21/22, pp. 143-167.

Bórmida, Marcelo y Casamiquela, Rodolfo [año de edición 1958-1959] (1964) “Etnografía Gününa-Këna. Testimonio del último de los tehuelches Septentrionales” en: *Runa- Archivo para las ciencias del hombre*, Buenos Aires, IX: pp. 153-193.

- Escalada, Federico (1949). *El complejo Tehuelche. Estudios de Etnografía Patagónica*. Buenos Aires, Coni.
- Escolar, Diego (2007). *Dones étnicos de la nación. Identidades huarpe y modos de producción*. Buenos Aires, Prometeo.
- Delrio, Walter (2005). *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia: 1872-1943*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- De Oto, Alejandro y Quintana, María Marta (2010). "Biopolítica y colonialidad. Una lectura crítica de Homo Sacer" en: *Tábula Rasa*, Bogotá, número 12, enero-junio, pp. 47-72.
- González Echevarría, Roberto (2000). *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Imbelloni, José (1949a). "Los patagones. Características corporales y psicológicas de una población que agoniza" en: *Runa - Archivo para las ciencias del hombre*, Buenos Aires, II (1-2), pp. 5-58.
- , (1949b). *Informe preliminar sobre la expedición a la Patagonia*. Buenos Aires, Ministerio de Obras Públicas de la Nación, Administración General de Parques Nacionales y Turismo.
- Lazzari, Axel (2004). "Antropología en el Estado: el Instituto Étnico Nacional (1946-1955)", en: Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (eds.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, pp. 203-229.
- Mbembe, Achille (2003). "Necropolitics" en: *Public Culture*, Durham, vol. 15 (1), invierno, pp. 11-40.
- Menard, André (2010). "Canibalismo, Nobilismo y Heterogeneidad: Comentario al libro *Los Vencedores*, de Guillaume Boccara" en: *Revista de Antropología*, Santiago, 21, 149-178.
- Menard, André y Pavez, Jorge (2008). "Nombres, cuerpos y rostros mapuche. Presentación al álbum fotográfico de la Misión Araucana de Kepe" en: Menard, André. y Jorge Pavez (Comps.) *Mapuche y anglicanos. Vestigios fotográficos de la Misión Araucana de Kepe, 1896-1908.*, Santiago de Chile, Ocho Libros, pp. 11-40.
- Perea, Enrique (1998). *Sucedidos entreverados en viejos documentos de la Patagonia 1920-1940*. Comodoro Rivadavia, Editorial Universitaria de la Patagonia.

Perón, Juan Domingo (1975). "Apéndice documental, Memorias de Juan Perón 1895-1945" en: Fermín Chávez, *Perón y el Peronismo en la Historia Contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Oriente, Tomo I, p. 300.

Severi, Carlo (2010). *El sendero y la voz. Una antropología de la memoria*. Buenos Aires, Editorial Sb.

Universidad de Buenos Aires (1949). "Expedición antropológica a la Patagonia" en: *Boletín*, Buenos Aires, 30, pp. 128-129.